

Hno. Moisés
DESCANSE EN PAZ

Nacido en Pedro Muñoz (Ciudad Real) el 10.01.1924
Postulantado: en Ciempozuelos, el 28.10.1960
Noviciado: en Málaga, el 07.03.1961
Profesión Simple: en Málaga, 08.03.1962
Solemne: en Málaga, el 24.01.1968

DESTINOS:

Málaga I:	08.03.62	Enfermero
Ciempozuelos:	15.12.65	Pabellones. Vicem. Postulantes
Quito:	05.11.69	Enfermería
Caracas:	10.07.70	Enfermería. Farmacia
Sevilla (Resid).	15.09.71	Superior
Córdoba:	27.10.77	Enfermería. Ecónomo
Madrid:	14.02.83	Enfermería
Jerez:	14.07.86	Quirófanos
Granada:	14.10.88	Año sabático
Málaga:	14.10.89	Director de Enfermería
Tenerife:	14.05.90	Enfermero
Málaga II:	14.08.96	Atención albergados
Madrid:	06.05.98	Apoyo admón. y ecónomo Cdad

Fallecimiento Hospital San Rafael (Madrid), el 2 de diciembre de 2006.



Edita: Curia Provincial Bética
Hermanos de San Juan de Dios.

Autor: Hno. José Ramón Pérez Acosta
Diciembre de 2006



HNO. MOISÉS HIDALGO MONTOYA:

⑥ HOSPITALARIOS EJEMPLARES

Hno. Moisés Hidalgo Montoya

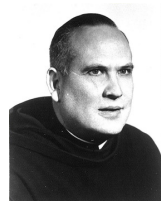
LOS MAYORES NOS HACEN DE ESPEJO

“La Luz tiene que hacerse presente. Podemos tener una luz preciosísima, pero si no ilumina, no nos sirve de nada”

En una sociedad unos pueden ser más útiles que otros. Más necesarios, a lo mejor. Más importantes, a lo sumo. Pero nadie es imprescindible. Y todos ocupamos un lugar destacable, al que no se puede renunciar para irse antes de tiempo. Da mucha tranquilidad el creer que nadie sobra y que cada uno somos útiles, necesarios e importantes para los demás.

Por todo lo dicho, cuando una persona entra en lo que llamamos la “edad dorada”, tercera o cuarta edad, tiene un lugar destacado en la sociedad. Es un corredor de fondo que le queda menos para llegar a la meta, pero aún sigue corriendo, a su ritmo.

Una persona, cuanto más mayor, más capacidad tiene de reflejarnos la vida a cada uno de nosotros. Los abuelos, hoy, son los más útiles a la hora de cuidar a los nietos, cuando éstos son “depositados” a su educación para que los padres puedan trabajar los dos a la vez. Y los abuelos se hacen necesarios, hoy más que nunca, cuando los adultos jóvenes se separan y por semanas tienen que recoger a los niños, ¿dónde acudir sino en casa de los abuelos?. Los abuelos son importantes para los niños, tan importantes, que sin ellos no entenderían que la vida tiene un sentido y un trayecto que es útil y necesario correr a pesar de las adversidades.



Moisés no se quería morir. Era un hombre vital. Valiente. Atrevido. Cada día, con su prótesis de rodilla –en las dos piernas- y otra más en la columna, subía y bajaba la cuesta –demasiado empinada- para gente normal. Y en más de una ocasión, **en una mano llevaba su bastón** – para apoyarse- y **en la otra un paquete**, una bolsa, que **sin duda era un servicio generoso** para no sabemos quién.

Y de vez en cuando “gruñía”. Lo hacía por lo bajo. Pero cada uno a su manera nos dábamos cuenta. Hay gruñidos que nos hacen gracia. Pero otros no, porque llevan demasiada tensión. Pero, gruñir, hacer pucheros y sacar “patas de banco” **le hacían más humano**. Como cuando cada uno de nosotros gruñe, hace pucheros o sale por peteneras...

Moisés fue muy humano. Tan humano que la mañana antes de morir, mientras desayunábamos, comentábamos que se “marcharía” muy pronto, porque en esa situación –postrado en la cama, sin poder hablar y sin moverse –se daba cuenta que su humanidad había llegado a su fin. A las pocas horas, nos comunicaban su fallecimiento. Era sábado, cuando la semana termina, y quería estar gozoso para iniciar el domingo, ya radiante cuando la vida continúa eternamente, sin dolor de ninguna clase.

Moisés se fue, pero vive entre nosotros. Nos hemos quedado con lo mejor de él. Sus debilidades se las llevó el viento para siempre.

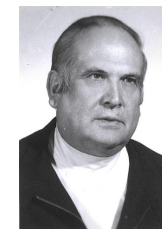
Hno. Julián Sánchez Bravo

El Hno. Moisés, es uno de esos mayores, de 82 años, a punto de cumplir los 83, que nos dejó para siempre, porque tenía ganas de llegar a la meta. Y llegó haciendo un sprint, peligroso para una persona de su edad. Le vino un derrame cerebral un 7 de noviembre de 2006 y a los pocos días, el 2 de diciembre su organismo ya no respondió.

Los mayores nos hacen de espejo. Ellos reflejan nuestras debilidades y al mismo tiempo nuestras fortalezas. Y tienen la capacidad de reflejarnos nuestros puntos ciegos, que nosotros, los más jóvenes, casi siempre negamos, pero que ellos nos muestran con tal ingenuidad, naturalidad e inconsciencia para que los podamos ver mejor.

Contar el día a día de un anciano, sin tapujos, sin culpas- pues ya se marcharon para siempre-, sin esperar nada a cambio, es un placer **para quien lo escucha**, porque fácilmente **se refleja su vida** en cada una de las palabras y acciones que oye.

El Hno. Moisés se levantaba muy temprano, cuando aún era de noche –ya fuera verano e invierno-. Y le costaba levantarse, como a todos o casi todos, porque dormía bien. Pero, como **tenía muchas ganas de vivir**, no se podía quedar entre las sábanas, como hacen muchos jóvenes que por no afrontar el día “fingen” una depresión que con el tiempo les comerá la vida. Madrugaba porque **tenía cosas que hacer**: regar las plantas, rezar, servir a los demás, nadar, conversar, dar un paseo a la calle, leer, ver la televisión, sacar su bonobús,...



Tenía **plantas por todos los rincones de la casa**. A nosotros, ya nos parecían demasiado, pero era su entretenimiento. Las veía crecer y crecer y disfrutaba. En más de una ocasión en los viajes que hacíamos en común, llevaba plantas y traía otras nuevas, como los niños se cambian cromos, él cambiaba plantas, y por eso tenía tantas y algunas preciosas. Y las plantas si no se riegan con frecuencia y se las cuida a menudo, acaban muriéndose. Por eso, las regaba y cuidaba con mimo.

A las 6,15h. había terminado con la "jardinería" y entonces **ya nos preparaba el desayuno**. Desde mi habitación, le oía trastear con mucho cuidado, pero cuando no se caía una cuchara, golpeaba una puerta o una taza. Para tranquilidad suya, le decía que no me molestaba porque Moisés conocía mi capacidad extraordinaria para dormir en cualquier sitio y a cualquier hora, desde muy joven. Hacía el café y el desayuno, a cada uno lo suyo, **sin que faltara nada**. Ahora, que lo tenemos que hacer entre todos, lo echamos mucho de menos.

Llegamos a tener, siempre en comunidad **un pájaro** –primero un ruiseñor que nos duró muchos años y cuando murió el P. Pedro de nuevo nos trajo un canario-. **Le gustaba conversar con él**.

Arrastrando sus pies y golpeando el bastón, **acudía a la capilla, el primero. Rezaba y rezaba**. Por nosotros, los pacientes, sus familiares... y estaba muy atento a las necesidades de nuestra sociedad. Con los ojos cerrados, de vez en cuando, daba sus cabezadas... pero seguía allí esperándonos. A cada uno nos reconocía por las pisadas y por el respirar. Así al llegar, nos daba la bienvenida, en silencio, pero respetuosamente. Y nos observaba, como niño travieso que se hace el dormido, cómo nos desperezábamos antes de iniciar la oración de la mañana y la Eucaristía.

Mientras nosotros desayunábamos, Moisés, como un adolescente retozón, cogía sus trastos de piscina y cada mañana, **todos los días del año nadaba durante una hora**. Y allí se preocupaba, con el Personal de Mantenimiento que la piscina estuviera a punto para los pacientes: la temperatura, el ph, el cloro.

Desayunaba tranquilo y bien. Como buen comilón le gustaba hacerlo solo ya que el resto de la comunidad desayunábamos antes y de manera frugal. Le daba su tiempo y disfrutaba.

Cada mañana **bajaba a Recepción. Y desde esa atalaya**, donde se ven todas las entradas y salidas, **observaba el "mundo"**. Hacía sus comentarios matutinos y saludaba a tirios y troyanos, como excelente hospitalario. Y así transcurría su mañana, con lectura, un rato de televisión, paseo... comida en común. Y de vez en cuando nos dejaba ver, con naturalidad, sus enfados, que padecíamos. Porque cuando los mayores hacen pucheros –cosa que nos acostumbra los niños- nos desconciertan a todos. Pues, cuando Moisés hacía pucheros nos molestaba mucho y se lo hacíamos ver. Y él, que tenía la cabeza muy bien amueblada, se daba cuenta y sufría. Y nos hacía sufrir inútilmente a los demás.

Y claro, el día que Moisés hacía pucheros, sacaba su "pata de banco", y volvía a sufrir y otra vez a sufrir tontamente. Se lo hacíamos ver, pero de manera sutil en unas ocasiones, enfadados otras. Y es que los despropósitos cuánto sufrimiento engendran alrededor y qué poca utilidad tienen. Porque uno espera,- quizá sin fundamento- que los mayores, sean lo que dice su nombre. Tranquiliza mucho el construir **oximorons** para la vida diaria. Y si no, construyamos uno: **los mayores pequeños**. Crecemos cada día, pero el niño que llevamos dentro nos acompaña para recordarnos que en la vida somos frágiles y cualquier momento nos podemos romper.